V

Los certificados

Sonó la campanilla del portero, y un criado entró anunciando á don Celso Valdespino.

—Que pase á la sala, dijo Caralmuro. Señores, dentro de un instante estaré con ustedes: este sujeto que me busca, me trae noticias que me importan demasiado: supongo que ustedes tendrán la bondad de esperarme.

—Vaya usted con confianza, dijo Murillo.

Caralmuro salió del comedor, y se dirigió adonde le esperaba Valdespino.

Don Celso, á quien ya conocemos demasiado, estaba severamente vestido de negro, y jugaba distraídamente con una gruesa caña con empuñadura de oro, que le servía de bastón.

Al ver á Caralmuro se arrojó en sus brazos, y los dos se estrecharon con efusión.

— Amigo don Celso, ¡cuánto gusto tengo en verle!

— Señor don Juan, ya me tiene usted aquí, y lo que es más, con brillantes noticias.

— Cuénteme usted, cuénteme usted, que estoy impaciente, y usted comprenderá que tengo motivo para ello.

— ¡Oh! sí, señor, y tanto, que usted ve que no he vacilado para servirle en emprender mi peregrinación á la costa, de donde afortunadamente he vuelto con salud.

— Gracias.

— Pues, señor, para no tener á usted por mucho tiempo en la incertidumbre, voy á referirle en compendio cuanto he podido averiguar, sin ocultarle nada, aun cuando haya cosas que lastimen su corazón.

— Hable usted, hable usted.

— Llegué á Acapulco, y comencé á preguntar por todas partes á los más ancianos de la población por el paradero de Margarita y de su hija, pero nada, nada. Ya comenzaba á desesperarme, porque los meses se pasaban sin obtener la menor noticia, cuando un día una vieja pordiosera que me pidió limosna, y á la que pregunté también, siguiendo siempre el propósito de tomar informes de todo el mundo, me indicó que Margarita, poco tiempo después de la muerte ó desaparición de su marido se había

ido á vivir al pueblo de San Luis, en donde tenía unos parientes ó conocidos.

Como era natural, me dirigí inmediatamente á San Luis, en donde pude saber que al poco tiempo de su llegada á aquel pueblo, Margarita había muerto, y la niña, de cuatro años de edad, había sido recogida por una familia de México que casualmente estaba allí, y que por esos días regresó para esta capital. Aquí tiene usted un certificado con la firma del padre cura del pueblo, don Antonio Ruiz, de la partida de entierro de Margarita, que consta en los libros del Cuadrante de la parroquia.

— ¡Pobre Margarita! dijo Caralmuro.

Y cubriendo su rostro con ambas manos, quedó sumergido en una profunda melancolía.

— Este otro documento, continuó don Celso sin darse por entendido del dolor de Caralmuro, es la relación de su enfermedad y de la salida de la niña para México con la familia de que le he hablado á usted, y está firmado por un honrado herrero del pueblo, antiguo vecino, que se llama don Ladislao Pamplona.

— ¿Es decir que la niña se ha perdido, y tal vez para siempre?

— ¡Ah! no, señor, contestó don Celso, sonriendo con con aire de satisfacción, de ninguna manera: he seguido su huella, y vive, y está aquí en México.

—¿En México, don Celso? ¡En México! ¡Oh! vamos, vamos á verla: los caballos están enganchados...

—Paciencia, señor don Juan, paciencia, que no se ganó Zamora en una hora: usted la verá, y lo que es más, muy pronto la tendrá usted á su lado; pero antes es necesario ver á la persona que la tiene, y no podrá ser hasta mañana en la noche que yo vendré por usted.

—¡Oh, gracias, gracias! ¡cuánto le debo á usted!...

—Ya lo sé, ya lo sé; y comprendo el inmenso deseo que usted debe tener de volverla á ver; pero mañana en la noche la conocerá usted, y muy pronto podrá traerla á su casa. Por ahora me retiro: le dejo á usted esos certificados, y nos veremos mañana en la noche á las ocho; conque adiós, señor don Juan.

—Señor don Celso, ¿se va usted, y nada me dice de los gastos de su viaje, etc.?

—Será más tarde; hasta mañana.

—Pues cuando usted guste; hasta mañana.

Don Celso bajó la escalera, radiante de satisfacción, y Caralmuro volvió al lado de sus visitas, pálido y con los ojos encarnados y llorosos.

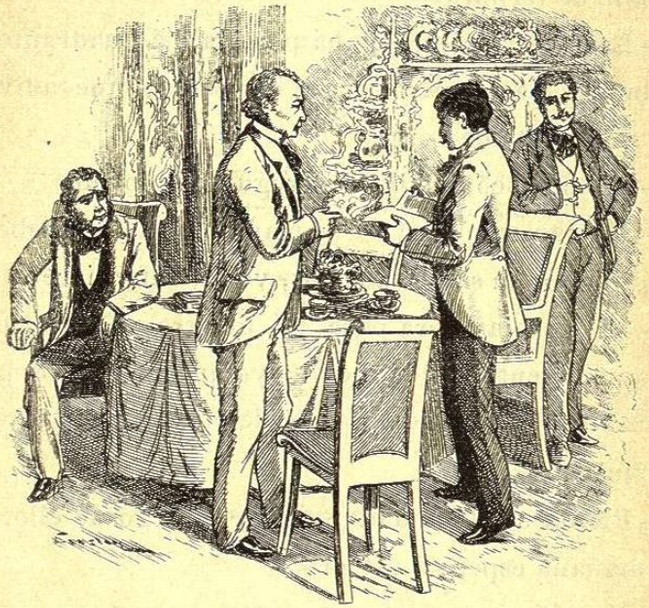
—¿Qué hubo? preguntó Mondragón, como quien conoce el negocio de que se ha tratado; ¿qué tales noticias?

—Muy malas y muy buenas.

—Más vale así.

—Señores, dijo, dirigiéndose Caralmuro á Jorge y á

Murillo, que se habían levantado y tomaban sus sombreros para retirarse; dispensen ustedes esta pregunta, que tal vez sea indiscreta: ¿en sus expediciones, alguno de ustedes no ha tenido ocasión de pasar por un pueblo que está cerca de Acapulco, y que se llama San Luis?



—No, indicó Murillo con la cabeza.

—Yo sí, dijo alegremente Jorge.

—¿Y conoce usted allí al cura don... don... dijo Caralmuro buscando la firma en el documento.

—¿Antonio Ruiz?

—Sí; eso es, dijo precipitadamente Caralmuro, eso es, Antonio Ruiz.

— Tanto le conozco, agregó Jorge, que le miro como á mi padre: él me ha educado, y me ha dado hasta su mismo apellido, á pesar de que no somos ni aun parientes...

— ¿Y será usted capaz de decirme si esta firma?...

— ¡Oh, es la suya! dijo Jorge besando la firma en un arrebato de ternura.

— Es el certificado de una partida del Cuadrante, dijo Caralmuro, para satisfacer la curiosidad que adivinaba en el semblante de Jorge.

— ¿Hace poco que llegó? preguntó el joven.

— Me parece que ayer: de manera que usted debe estar tranquilo por su salud; además, yo me informaré...

— Mil gracias: será para mí un gran favor; pero nomás, que no entienda nadie que yo quiero saberlo, porque tal vez sea esto motivo para que descubran nuestra venida á México...

— Pierda usted cuidado: yo me encargo de ello, y pasado mañana espero á ustedes.

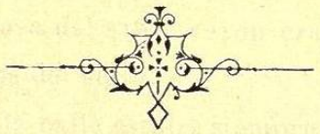
— Muy bien.

Los dos amigos se despidieron; y apenas habían salido de la habitación, Caralmuro tomó la mano de Mondragón, y sacudiéndola convulsivamente, le dijo con una voz trémula de emoción:

— Margarita ha muerto, pero mi hija vive, vive: está en México, y mañana mismo debo estrecharla contra mi corazón.

Mondragón alzó los ojos al cielo.

— ¡Dios mío, Dios mío! exclamó oprimiendo la mano de Caralmuro entre las suyas; él aún puede ser feliz, pero yo ni una esperanza siquiera sobre la tierra!

Una lágrima corrió por sus mejillas hasta perderse en su tupida barba.

Y el padre de Alejandra y el marido de la «Guacha» se abrazaron llorando.